

LA LIRA DEL TÁDER.

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, HISTORIA Y TEATROS,

Murcia 15 de Junio de 1845.

Sale todos los Domingos. Se suscribe en Murcia en la Redaccion calle de Sta. Isabel núm. 6 sita en la Imprenta de este Periódico, y casa de D. Pedro Martinez calle de la Traperia núm. 67 por 4 rs al mes y 22 por 6 meses, llevado á las casas de los señores suscritores. Fuera de la capital en las administraciones de correos y corresponsales de la Redaccion por 5 rs al mes y 28 por seis meses. franco de porte.

EL REY DE ROMA

EN VIENA

Sus últimos momentos.



El día 20 de Marzo de 1811 nació el hijo del Emperador Napoleon y de la Emperatriz Maria Luisa de Austria en el Palacio de las Tullerías. A su venida al mundo fue saludado con el pomposo título de Rey de Roma. 101 cañonazos anunciaron al

imperio frances el heredero presuntivo del Trono y una multitud de correos salieron para llevar á las cortes de Europa la noticia de que el Señor del mundo acababa de tener un hijo. Jamas niño alguno habia sido recibido con muestras mas grandes de alegria y de amor. Una aureola de inmortal gloria rodeaba su cuna; pero bien pronto, roto su cetro, habia la desgracia de imprimir su sello sobre la frente que debia llevar la corona mas brillante de Europa.

Cuando la Emperatriz regente abandonó á Paris el 29 de Marzo de 1814 el rey de roma no tenia mas que 3 años. En el momento que se le quiso llevar con su madre que le aguardaba para partir, se escapó gritando que no queria marchar; hubo que perseguirle de cámara en cámara y cuando le alcanzaron se cojó con sus manecitas á las colgaduras de

una alcoba esclamando con todas sus fuerzas: yo no quiero dejar el palacio de papá, y fue preciso llevarle ante su madre en medio de los gritos mas lastimeros. Parecía que un presentimiento indefinible en tan tierna edad, advertia al pobre niño de que no habia de volver á este palacio, testigo de los juegos de su infancia, y de que el siniestro viage que iba á emprender era la señal de su muerte política.

La ciudad de París abandonada de la regente, abrió sus puertas á los aliados el 31 de Marzo; Napoleon abdicó y partió para la isla de Elba; Maria Luisa y su hijo fueron conducidos al Austria. Cuando llegaron á Schoembrunn con la joven Emperatriz de Austria que se habia adelantado á su encuentro, toda la familia imperial salió á recibirles hasta el peristilo y les dio las mayores pruebas de amistad. El Archiduque Carlos no pudo contener sus lagrimas á la vista del joven principe y le cobró un afecto que no desmintió jamás. Maria Luisa fijó su residencia en Schoembrunn.

El Rey de Roma perdió su título al mismo tiempo que su padre el imperio. Su destino fue nuevamente puesto en cuestion al fin de los cien dias: proclamado Emperador de los franceses bajo el título de Napoleon 2.^o, se le despojó de este título efimero y no conservó otro que el de principe de Parma, Plasencia y Guastella que le habia sido concedido por el tratado de Fontainebleau. Asi era que como juguete de la fortuna se veia alternativamente pasar desde el colmo de la grandeza hasta el abismo de la nada á merced de los acontecimientos políticos, viniendo á quedar finalmente sin herencia y sin nombre.

Y no sin razon hemos dicho sin nombre. En 1818 se creyó deberle dar el título de Duque de Reichstad y de asignarle una heredad de 500,000 francos de renta en la que debia permanecer hasta la muerte de su madre, y se le suprimió en los tratados el nombre de Na-

poleon, que era su mas gloriosa herencia. El fue unicamente el que no comprendió las pérdidas inmensas que acababa de sufrir, pero mas tarde cuando supo comprenderlas y apreciarlas en su justo valor, causaron la amargura de su alma. Se puede decir que hasta el momento en que adquirió la facultad de reflexionar, su existencia fue dichosa. Querido de su abuelo y de toda la familia imperial, no tenia otras personas en quienes fijar su afecto; sin embargo, el nombre de su padre no se borró jamas de su imaginacion y le hizo derramar abundantes lagrimas: su memoria era fiel y le recordaba hasta las menores circunstancias de sus primeros años.

Privado de su apoyo natural, de un padre tierno y querido, presente siempre á su imaginacion el pobre niño, tuvo aun que soportar otras pérdidas. Fue separado de aquellas personas á quienes habia dirigido sus primeras miradas, y de las que recibiera las primeras caricias, Madama de Montesquieu su aya, y hasta su misma madre se alejó de su lado.

El Emperador Francisco habia designado al conde de Dietrichstein, Forlis y Collin, poeta aleman, para dirigir la educacion de su nieto. El niño fue entregado á sus cuidados y no tardó en captarse la voluntad de sus maestros por su afabilidad, rara inteligencia y aptitud para el estudio. Su abuelo quiso que se le digese la verdad en todo, y por consiguiente conoció su situacion pasada y la historia de su padre.

Cuando empezaba á conocer á fondo las glorias del imperio, recibió la noticia de la muerte del prisionero de Sta. Elena. Aunque de corta edad (1), comprendió toda la inmensidad de su pérdida, vistió luto por largo tiempo y todos los años el 5 de Mayo se retiraba con el Archiduque Carlos á una pequeña iglesia de Viena, donde celebraba el oficio conme-

(1) No tenia mas que 10 años.

morativo de la muerte de su padre. Allí en el silencio y recojimiento del templo, el pobre huérfano oraba con ese sentimiento de amor y de dolor que nos hace comunicar con los seres queridos que nos han sido arrebatados. La debilidad de su salud era la causa de que cuantas veces cumplía con este sagrado deber, caía enfermo para muchos días.

Una grande aplicación secundó sus felices disposiciones para el estudio, en el que hizo rápidos progresos. No era posible sin experimentar un vivo interés ver á este joven príncipe, abandonado de la fortuna, afanarse para no degenerar de su ilustre origen por su instrucción y por la nobleza de su carácter. La elegancia de sus maneras, la belleza de sus facciones y su infinita gracia, eran sus menores méritos; una razón precoz, un juicio perfecto, un tacto exquisito le hacían siempre hablar con una exactitud admirable.

El estado de sus estudios permitía el iniciarle con buen éxito en la ciencia de la política y en la filosofía de la historia. El príncipe de Metternich fue el encargado de darle estas lecciones en las que debía encontrar á cada paso el nombre de su padre. «Habladle de él como quisierais que se hablara de vos á vuestro hijo» dijo el emperador á su ministro.

Entregado á estas ocupaciones, cumplió los 18 años. Su destino parecía fijado para siempre de una manera irrevocable, cuando la revolución de 1830 vino de nuevo á poner á prueba su joven ambición: unos querían elevarle, mientras que otros procuraban abatirle, todo se agitaba al rededor de esta tierna flor, batida sin cesar por las tempestades políticas. Cuando acabó de perder su nueva esperanza, su alma se afectó vivamente.

Hasta esta época no había concurrido mas que á los bailes y fiestas de la Corte: el 23 de Enero de 1831 se presentó por primera vez en una gran reunión en casa de un Embajador. Su elevada y graciosa estatura, su fisonomía

llena de expresión, su afabilidad y la vivacidad de sus respuestas, produjeron una grande sensación. Parecía verse en su penetrante mirada los ojos de Napoleón, y mas de un personaje de la asamblea se sintió conmovido á la vista de esta viva imagen de las vicisitudes humanas.

Inmediatamente travó amistad con Mr. Prokesch, militar y escritor distinguido que había compuesto la historia de la campaña de 1815 en la que Napoleón era justamente apreciado por lo que su lectura agradaba extraordinariamente al Príncipe. Su deseo de poder hablar del autor de sus días con uno de sus compañeros de armas, le hizo entrar en relaciones con el Mariscal Marmont, que durante tres meses le dió lecciones de estrategia sobre las campañas del grande ejército.

Tan luego como concluyó sus estudios, se le señaló su pabellón militar y se puso al General Hartmanes y otros capitanes para que hicieran el servicio cerca de él; en 14 de Junio de 1831, aniversario de las gloriosas batallas de Friedland y Marengo. Al día siguiente recibió el despacho de coronel de un regimiento de caballería úngaro, en el que había aprendido las minuciosidades del servicio y pasado por la escala de su carrera. Su existencia entonces se pasó en los estudios teóricos, mandando las maniobras á su regimiento y en la caserna, pero bien pronto conoció que esta vida activa y laboriosa debilitaba sus fuerzas. Su estatura había tenido un rápido desarrollo, (1) padecía del estómago y de la garganta, con otra multitud de síntomas que denotaban, según opinión de su médico Malfatti, una predisposición para la tisis de la laringe.

Apenas había mandado cuatro veces su regimiento, cuando fue acometido de una tos seca, que no se le pudo curar. Su debilidad era estremada, sus facciones

(1) A los 17 años tenía 5 pies y 8 pulgadas.

empezaron á tomar un color livido y se le veia decaer dia por dia; pero tan luego como el emperador conoció el estado de su salud, le dio orden de dejar el rejimiento y restituirse á Schoenbrunn hasta su total restablecimiento. Al pronto pareció mejorarse en ésta bella mansion, pero reiteradas imprudencias dieron lugar á recaidas que quitaron toda esperanza á los medicos; sin embargo decidieron el que seria conveniente un viage á Italia y sobre todo á Napoles, en lo que consintió el Emperador. La posibilidad de tal viage causó una alegria indecible en el joven Principe, pero esta fue la ultima esperanza que hizo latir su corazon. Bien pronto estas ilusiones desaparecieron, dando lugar á la realidad; el mismo conoció su estado y comprendió que su mal era irremediable. «Tan joven y terminar así una vida inutil,» decia un dia con amargura: «mi nacimiento y mi muerte, esta es toda mi historia.»

Poco tiempo despues, no conservando ya ninguna esperanza y viendo aproximarse su ultima hora, mandó llamar á su madre. Hizo traerse la magnifica cuna de plata sobredorada que le regalara la ciudad de Paris el dia de su nacimiento; admiró lo esquisito de su trabajo y brillantez con el santo entusiasmo de un moribundo, y la animacion de sus miradas esplicaba la agitacion de su alma. De repente, volviendose á los que le rodeaban, «no todos pueden morir cerca de su cuna» dijo con resignacion; «tenga yo al menos esta dicha: ella y este lecho son los extremos de mi vida, y sin embargo no hay entre ellos mas que 21 años, mi nombre, mis desgracias y mis sufrimientos.»

Una escena mucho mas sensible tuvo lugar de alli á poco. A la primer noticia de la enfermedad de su hijo, Maria Luisa habia dejado á Parma para venir cerca de él. Llegó el 24 de Junio en la tarde: el Duque habia sido preparado para esta entrevista, y conociendo

que le faltaban las fuerzas, la mandó llamar inmediatamente. Se incorporó en el lecho y la tuvo largo tiempo cogida entre sus desfallecidos brazos, sin que pudieran uno y otro expresar sus sentimientos, sino por medio de sus lagrimas y suspiros, con los que se mezclaban tambien los circunstantes. ¡Pobre joven! mientras recibia las caricias maternas, veia la muerte amenazar su cabeza y era el ultimo instante de dicha que habia de gozar en el mundo.

La alegria que le causó la presencia de su madre, pareció reanimar sus fuerzas por algunos dias y le dió las suficientes para poderla ocultar sus sufrimientos. Cuando le preguntaba por su estado, le decia: «me encuentro mejor, mucho mejor,» y sin embargo, él veia acercarse el momento de una separacion eterna.

El 21 de Julio su mal empeoró en tanto grado, que por la primera vez dejó escapar sus quejas delante de los medicos. «Cuando concluirá esta penosa existencia,» les dijo en medio de una fiebre devoradora; pero habiendo visto entrar á su madre en aquel momento, se calmó, y tuvo el suficiente valor para ocultar sus padecimientos lo restante del dia y tomar parte en la conversacion. Habló con cierta alegria del viage á Italia que debia hacer al otoño: de este modo sostuvo hasta el ultimo momento aquella firmeza de caracter y aquel imperio sobre sí mismo que tanto habian admirado en todas las circunstancias de su vida.

A la tarde pareció adormecerse y parte de la noche la pasó bastante tranquilo, pero á las tres de la mañana se incorporó gritando: «yo muero, yo muero.» Su criado de cabecera y un oficial agregado á su servicio le sostuvieron en sus brazos; «mi madre, mi madre» exclamó, y estas fueron sus ultimas palabras. Maria Luisa y el Archiduque Francisco, acudieron atónitos y al verlos entrar el joven principe, fijó sobre su madre una mirada que decia lo que sus labios se

negaban á articular. Bien pronto el capellan de honor del emperador llegó, le mostró el cielo donde le aguardaba su padre; el moribundo levantó los ojos para contestar al pensamiento del sacerdote, y espiró..... Era el 22 de Julio de 1832 á las 5 y 8 minutos de la mañana. El Duque de Reichstad tenia entonces 21 años 4 meses y 2 dias.

El hijo del emperador Napoleon murió en el mismo aposento en que su padre dictó al Austria las condiciones de la paz, despues de la batalla de Wagram; notable coincidencia! Su prematura muerte sumió en una profunda afliccion á toda la familia, el imperio participó de su dolor y hasta la misma Francia tomó parte en este gran duelo.

El emperador mandó hacer los mas grandes honores á los restos de su nieto y ordenó grabar sobre su sepulcro un epitáfio que decia:

«A la eterna memoria de JOSE CARLOS FRANCISCO, DUQUE DE REICHSTAD, hijo de Napoleon Emperador de los franceses y de Maria Luisa Archiduquesa de Austria, nació en Paris el 20 de Marzo de 1811.

«Desde la cuna fue aclamado con el título de Rey de Roma, dotado de excelentes facultades físicas é intelectuales; su estatura era elevada, su rostro tenia las gracias de la juventud, sus discursos estaban llenos de afabilidad, y mostraba una grande aptitud para los ejercicios del arte militar.»

«Padecia una enfermedad del pecho falleció en Schoenbrunn cerca de Viena á 22 de Julio de 1832.

«Este epitáfio, dice uno de los biografos del duque de Reichstad, es sobre todo notable, porque contiene un reconocimiento positivo del título de Emperador para Napoleon y del de rey de Roma para su hijo, sin embargo añade: yo preferiria el que el desgraciado joven hizo pocos momentos antes de morir.»

Aquí llace el hijo del gran Napo-

leon, nació rey de Roma y murió coronel austriaco.

T, de J. L. S.

EL BAILE DE MASCARAS.

El mundo y la vida son dos hermanos inseparables que siguen la carrera del tiempo; de ese viejo caduco cuyas alas jamas se pliegan, cuya existencia nunca acaba. De esta íntima union parece que debia resultar una armonia reciproca, una tendencia igual y compacta entre los dos entes. Sin embargo, se diferencian en mucho; cada cual tiende á su objeto particular y exclusivo, disputandose mutuamente el derecho de dominarse. El mundo emplea todo su artificio para fascinar la vida, y esta se deja arrastrar docilmente de las arterias de aquél, hasta el término en que ha creido oportuno disuadirle de su error. Entre ellos no hay en la esencia mas que dos puntos de afinidad: el principio y el fin. A pesar de eso, él no puede vivir sin ella, y ella no ha de menester de él porque depende de una causa poderosa y sublime. El mundo es una mentira. La vida es una verdad y para el esplendor de esta, es necesaria la existencia de aquella. Que circunstancia tan estraña!... y sin la primera no se goza de una parte de la segunda. La felicidad que en la tierra buscamos con tanto anhelo, no pasa de ser un deseo burlado con ilusiones. De ellas queremos nutrir la fuerza que nos alienta y que distinguimos con el nombre de alma; pero en vano. El alma solo tiene por alimento lo positivo. Algunas hay que se sustentan de la duda, de la ficcion. Esas son almas sin alma; cuerpos sutiles dirigidos por una voluntad estraña. El número de estas almas cuerpos es grande. De lo malo hay siempre mas que de lo bueno.

¿Queréis saber donde se encuentra esa mayoría funesta?... Donde reside el sensualismo... ¿Queréis saber donde este se halla?... En todos los goces materiales de la sociedad, donde el hombre explota los placeres ¿Queréis que os reseñe uno de esos lugares insanos donde la humanidad cubierta, con dos caretas, se deleita entregándose al desorden y al libertinage?... Sin aguardar vuestra respuesta; quiero dar gusto á mi gusto. Voy á deciros algo del baile de mascarar. Dirigid la vista hacia él y observareis al hombre vestido y desnudo; esto es, en la apariencia y la realidad.

En un baile de máscaras sucede lo que en los baratillos; anda todo revuelto, y al primer golpe de ojos, nadie conoce nuestra legitima procedencia. Lo que puede asegurarse es, que á él asisten hombres y mugeres; almas y cuerpos; y mas de estos que de esas. La libertad rige allí en su mas alto grado; como en ciertos países que yo por desgracia he corrido y aun visito alguna vez por via de diversion ó necesidad. La libertad y la licencia son al entender de muchos sinónimos. En el salon del baile se aunan los pensamientos, se amalgaman las clases, se confunden las opiniones; merced al disfraz, que puede mas que la razón y la naturaleza y á todos nos iguala. El noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el amo y el criado, el juez y el reo, se nivelan y familiarizan por la módica retribucion de una moneda, que por mezquina que sea, vale siempre mas que nuestra virtud. Las atenciones, los respetos, las etiquetas, las categorías, mentiras que nosotros forjamos para la representacion del drama de la vida, pierden su brillantez, sus fueros y andan errantes, desfigurados, al compas de un rigodon ó una polka y entre el bullicio, el desman y la algazara. El baile de mascarar es la paródia de la sociedad en general. En esta nos encubrimos con la hipocresia, y en aquel con la verdad. Las jovenes feas se visten de deidades para merecer si-

quiera algunos requiebros, en compensacion de las injurias que sin cesar escuchan en su verdadero trage; las que son bellas, buscan para ocultar la hermosura lo mas ridículo y desabrido, por que luego al descubrirse, la impresion de sus gracias es mas fuerte y persuasiva. Regularmente hacen uso del trage de vieja antiguo. Las cotorronas, como ni el estado ni los años influyen jamás en ellas, quieren parecer jovenes, y ya se transforman en elegantes sultanas, ya en sorprendentes vestales, procurando dar á luz ciertas formas, que si bien con la edad se debilitan, tambien es cierto que no envejecen, ni dejan de ofrecer su ilusion teatral. Estas aspirantas á cementerio, que suelen pedir prestado juicio para que se les admita de compasion entre los que parecen cuerdos, y se les escuche comprimiendo la risa, que á su despecho provocan, tienen el prurito en estudiar los medios de rejuvenecerse y aderezarse con elegancia para alternar con los muchachos, y á costa de los que son poco apreensivos, consagrar un recuerdo á lo pasado. Una hora de vida es vida. Las pasiones escierto que mueren con el tiempo; pero resucitan cuando menos se piensa para volver á morir en tanto que la sangre circula por nuestras venas. Hay algunas de las cotorras en cuestion, que inflamadas por la ardencia de su temperamento y el delirio de sus ideas, aparecen en tales noches con la frescura y lozania de una chica de quince años. El calórico que escalan nuestros alientos, la nube de gases varios que se estiende por el local, el eco de los instrumentos, la griteria y *san fason*, el incentivo de las bebidas espirituosas, el inmediato contacto de los dos sexos; todo convida al placer y la alegria, todo sirve á dar animacion y vigor á los cuerpos, á encender y trastornar las ideas. No es de estrañar que una muger de cuarenta años manifieste entonces un rostro de veinte, ni que la fea parezca hermosa, ni que una y otra se huelguen con provecho, de nuestros flacos des-

lices; ni que de esto resulte luego una víctima; ni que á esta le sigan otras; ni que por ello desconozcan el hijo á su padre y el padre á su hijo; ni que la esposa ofenda á su mitad; la novia á su querido, el mundo á Dios....Donde, donde están las almas de esos cuerpos lubricos que viven bajo la férula de sus pasiones y acaban sin la esperanza de un porvenir?.....Ah! esto no lo puedo decir yo, dígalo quien sepa mas y calle menos. ¡Quizas yacean separadas por una voluntad grande....pero; silencio: esto seria meternos en honduras, de las cuales no podríamos salir. Sigamos nuestro baile. *A Dios, ¿me conoces?* esta es la voz preventiva de las máscaras, que seguida de infinitos empellones, le obligan á V. á recobrar su equilibrio, asiendo el hombre de un progitimo que ha renegado por aquella noche, ó apoyandose sobre las caderas de alguna señora... de su casa, que al sentir peso de varon tan cerca, grita desafortada. *No sea V. asno, que me lastima.* Efectivamente, á quien si no á un hombre que ve su cabeza cerca del suelo se le ocurre ampararse de unas caderas movedizas ó de quita y pon?...en tales apuros se agarra uno aun que sea de lo que mas daño hace ó peor huele. Las consecuencias no se prevenen.

Despues de oír mil veces las voces agudas y atronadoras por instantes, de *me conoces, te conozco &c* y crecerse y menguarse á impulsos de esas oleadas de carne humana, tiene V. que refugiarse á un asiento, si lo encuentra, y á poco de haber tomado posesion de el, lo columbran las que se dicen sus amigas y acuden como moscas á la miel para irle refiriendo cuantos pecados hizo ó pensó hacer desde la época de su nacimiento hasta la entrada en el baile: lo que no se escucha con gusto, aun que sobre resignacion y prudencia; que ninguno quiere ser tenido en mal concepto, ni menos que divulguen sus faltas, esten ó no visibles.

Cansado de aquel murmullo infer-

nal, de donde raro es el que sale sin quemarse, se retira V. mohino y triste, caso de no llorar algun pecadillo de transcendencia y llega por fin á su hogar, que es el punto de las reflexiones; se embute en el lecho, duerme, sueña y despierta todavia con la pesadilla del baile. En este, unos entran sanos y salen enfermos; otros entran vacios y salen llenos; otros entran con el pudor y honra en la frente y salen con él en los pies; y todos, todos han entrado para solazarse engañando, y salen engañados.

La hora de la entrada es á cosa de la media noche: con la obscuridad nada se ve. La hora de la salida es cuando el sol empieza á acalorarnos con sus rayos. La mentira y la verdad entraron veladas; pero salen tan lucientes y desnudas como el dia. El mundo y la vida se separaron de obgeto á la entrada del baile; ya estan unidos y volveran á separarse.

J. E.

AMARTA.

Cuando en la calma de la noche fria
Percibas mis acentos de dolor
Conságrame un suspiro, vida mia,
Un suspiro de amor.

Si pudiera estampar, gazela hermosa,
Un beso en tu megilla angelical,
Y acariciar la frente, candorosa
Como luz matinal....

Y el ambar grato de tus dulces labios
Anhelante y frenético beber,
Olvidando quiméricos agravios
Y pesares de ayer....

Y ves tu destrenzada cabellera
En süaves guedejas ondular,
Y tu sonrisa lánguida, hechicera,
Como el aura vagar....

GRATITUD.

Y que los negros seductores ojos
Con tierna y melancólica espresion
Borrarán dulcemente los enojos
Del triste corazon....

Entonces, de la dicha en el exceso,
No me diera temores el morir,
Que espirar entre célico embeleso
Es dulce sucumbir.

Mas ¡ay triste de mí! que tal ventura
Jamás debe llegar, ni tal placer;
Y la mente en eterna noche oscura
Habrá de padecer.

En las sombras y aurora rutilante
Tu nombre y mi pasión tendré que unir,
Y mis rudos pesares, suspirante
Sabré solo decir.

Tu no sabes, mi bien, cuanto te adoro,
La vida por tu amor quisiera dar....
Pues eres para mí dulce tesoro,
El mayor que he de hallar.

Cuando escucho tu voz lánguida y pura
Se estremece el herido corazon,
Y deshecha volando mi amargura
Renace la ilusion.

Que es el canto de alados querubines,
Mi María, tu acento celestial;
El concierto de aéreos serafines,
La brisa matinal.

Dichosos otros seres, fortunados,
Que consuelos y amor tuvieron de él,
Y á tu lado aspiraron estasiados
Tu aliento de clavel.

Siempre aislado de tí, lejano y triste
No pude tales goces alcanzar,....
Y si alguna mirada dirigiste
Aumentó mi penar.

"Cuando en la calma de la noche fría
"Percibas mis acentos de dolor
"Conságrame un suspiro, vida mía,
"Un suspiro de amor."

A. Arnao.

Al ver el artículo inserto en el Num. 1º de este periódico bajo el epigrafe „*Legislacion natural*”; al hacerme cargo con reflexion y calma filosófica de los buenos principios de legislacion y moral que su autor establece y desenvuelve, concisa y metódicamente, partiendo todos de la famosa sentencia grabada en el Templo de Delfos „*Nosce te ipsum*”; no dudé un momento que el conocimiento del hombre, el estudio de las afecciones que le impelen á obrar, es la primera ciencia, es la ocupacion mas digna del filósofo, del publicista y del legislador, cuyos pensamientos humanitarios se dirigen á perfeccionar la obra, y encaminarla al grande objeto de la civilizacion, poniendo en practica los instintos con que el divino hacedor dotó á la especie humana, para cimentar y vincular en ellos los gozes mas gratos al corazon, los placeres de la vida, la esperanza de poseer el bien supremo. Estas consideraciones escitaron en mí el deseo de discurrir sobre uno de los sentimientos mas nobles del ser dotado de razon, que fue criado para la sociedad, la gratitud. Esto es reducir á un pequeño circulo el vasto plan trazado antes con erudicion, estudio é interes social, dignos de imitarse. En proporcion de mis cortos talentos está el abrazar una parte del todo insinuado, para hacer algunas observaciones imperfectas y desaliñadas, aunque dirigidas al mismo fin.

Acaso parecerá á primera vista que es muy trivial, y demasiado conocida esta cualidad, este instinto generoso del hombre agradecido. Yo no tendré dificultad en concederlo; pero no por eso será menos interesante. Tengase presente que la naturaleza en su vasto laboratorio nos presenta continuamente efectos naturales, á la vista y al alcance de todos en el modo de suceder, y sin em-

bargo son unos verdaderos arcanos, unos fenómenos prodigiosos; cuyas causas no es dado al hombre penetrar, y se han hecho grandes adelantos, estudiando esos resultados que en un principio se miraron con desden, y como improprios de ocupar la atención del filósofo, del naturalista, y del observador. Las cosas mas pequeñas sirven á constituir la obra perfecta de la creacion, y en el hombre nada hay que no merezca un estudio profundo, y siempre será util cuanto se encamine á perfeccionar la parte moral. Si, todos comprendemos lo que es gratitud, pero no perdiera nada la sociedad con que ese sentimiento se arraigue, se desenvuelva y profundice; se haga conocer cuanto es su influjo en los actos humanos, en las grandes acciones; cuan recomendable es á los ojos de Dios; cuan hermosa y digna de encomios; qué partido tan ventajoso puede sacar el legislador que sepa apreciar esta virtud relevante, y la generalize por medio de actos de estricta moralidad, siendo el primero en practicarla para robustecerla con su ejemplo. Esta virtud sublime fue siempre la que elevó á las Naciones al mayor grado de esplendor y felicidad; porque ella sabe distribuir los premios merecidos á los hombres que se consagran al bien de sus conciudadanos: este estímulo poderoso estrecha los lazos sociales, une á los hombres por el afecto mas tierno hace respetables y gratas las relaciones entre los superiores é inferiores, estableciendo el amor recíproco, y el justo equilibrio que simboliza la paz, y el comun reposo: es el germen de la felicidad publica y privada: hace acometer las empresas mas grandes; predispone á los mayores sacrificios. Al solo recuerdo de la gratitud soportaron los héroes de la antigüedad todas las penalidades y trabajos de una suerte adversa; sirvió á cicatrizar sus heridas cual balsamo de infinito precio; y cobraron dobles fuerzas, mayor valor y entusiasmo, para sacrificarse de nuevo, como victimas espia-

torias en el altar de su querida patria. Este mismo fue el móvil, aunque mas sublime por su objeto, de la conducta que observaron los martires del Cristianismo, esos varones fuertes, llenos de uncion evangélica, que no se intimidaron á la vista de los verdugos, ni les arredró el aparato de los tormentos y horrores con que se pretendia doblegar su constancia, triunfar de sus creencias; y firmes en su fé, y constantes en su amor acendrado hacia el ser supremo; poseidos de gratitud por los beneficios de su bondad infinita, entregaron su cuello á la cuchilla, su cuerpo á las llamas, con una alegría, resignacion, tranquilidad y mansedumbre, que causaban el terror de los mismos tiranos. Ese justo tributo de admiracion y respeto que se paga á los que tienen la felicidad de poseer las virtudes heroicas que ennoblecen al hombre, y le colocan en una esfera superior, es la base de toda sociedad bien organizada, el cimiento de la justicia. Si esto deja de practicarse, se falsea el principio de moralidad; el hombre se degrada; nace la desconfianza; nadie se cree seguro cuando las buenas acciones son el único motivo para concitar la persecucion y el odio encarnizado; y no hay remedio, la historia lo atestigua, en un estado tan violento, las Naciones antiguas caminaron á su ruina; y solo dejaron recuerdo del poder colosal que ostentaron cuando las leyes se fundaron en las virtudes sociales, en la legislacion natural y en el conocimiento del hombre; dejaron de ecsistir cuando las pasiones innobles, la ingratitude, la perfidia y la traicion tomaron su asiento en el santuario de la justicia. Siempre será pues la gratitud, una virtud privilegiada de esquisito valor, á la cual puede decirse que están subordinadas las demas. No hay que dudarlo: el hombre que está poseido de la gratitud, llena ecsactamente los deberes que la religion de un Dios de paz y la sociedad le imponen. No puede olvidar los señalados beneficios de que

es deudor al Hacedor Supremo: contempla sus obras, ve sus maravillas: levanta los ojos al cielo; observa tanta magestad y esplendor; conoce que aun es mas grande el autor de todo; y lleno de sublime respeto, se inclina la tierra; le dá gracias, le ofrece el corazon; adora sus juicios; respeta los misterios incomprensibles, y sumiso y agradecido obedece sus santas leyes. Este mismo hombre es buen padre de familia; cariñoso y tierno esposo, por que sabe apreciar el interés y solicitud con que comparte las adversidades de la vida la consorte que le consagró su amor en lazo indisoluble al pie de los altares. Jamás olvida los sacrificios de que es deudor á los autores de sus dias. Llena en fin los deberes que le impone la amistad, y la sociedad tambien; y sabe retribuir á sus conciudadanos los beneficios que le dispensan para garantir su vida, su libertad, sus derechos, cuanto adquirio y disfruta en paz inalterable. La experiencia, la historia, las escrituras sagradas vienen en confirmacion de esta verdad palmaria. El Patriarca Abraham, lleno de fé y de reconocimiento á su Dios, no vaciló un instante en sacrificar á su querido hijo Isaac. Los Patriarcas todos de la antigua ley, cumplieron los preceptos del Criador con una sumision profunda, con la fé mas pura, con la gratitud que les inspiraba tantos dones con que los colmó la providencia divina. Josef no quiso condescender á la deshonesta provocacion, á los deseos voluptuosos de la muger de su amo Putifar, por que tuvo presente, que seria una ofensa hecha á Dios, y el colmo de la ingratitud para con su marido que le habia llenado de beneficios, y depositado en él toda su confianza. Hermoso ejemplo nos ofrece el ejército de Saul oponiendose á la sentencia terrible de muerte que este mismo Rey dictara contra su hijo Jonatas, reo de una supuesta infraccion de ley; por que este no sabia que se hubiera dado; y el ejército agradecido al arrojo, al valor y esfuerzos

de tan ilustre caudillo, á que se debió la señalada victoria conseguida contra los Filisteos, defendiendolo á voz en grito, hace ver que no era delincuente el acusado, ni habia transgresion alguna, ni era obligatorio el juramento de su padre; concluyendo que no debia morir el que, en vez de un crimen, tenia á su favor el heroismo, la virtud, el valor, los hechos mas grandes, los mayores sacrificios en pró del pueblo y de la causa de Dios.

(Se continuará.)

ESTUDIOS HISTORICOS.

Pedro 1º Czar de Rusia (llamado el grande) su hijo Alexis y su esposa Catalina

IV.

(CONCLUSION.)

Alexis habia nacido del primer matrimonio de Pedro con Eudoxia Lapokhin, á quien tuvo en breve que repudiar por no ser su conducta del todo buena; á medida que el principe fue creciendo, se hizo del partido de la madre, compuesto de los descontentos y de la mayor parte del clero: era endeble, enfermizo, timorato y muy supersticioso; continuamente entregado á la holganza y á los placeres, en vano le amonestaba su padre que se dedicase á cosas útiles para que un dia pudiera gobernar con acierto; el principe solo buscaba medios de descontentar al Emperador, el que se halló obligado á escribirle, que si no variaba de conducta, se veria en la precision de tratarlo como á un miembro gangrenado; no teniendo mas hijo que aquel, le era muy embarazoso emplear medios tan violentos; pero á vista del poco efecto que producian sus palabras, volvió á

escribirle que lo trataria como traidor; el principe le contestó, pidiendole permiso para entrar de monge en un convento; el Czar se lo negó y le dió seis meses de término para que lo pensase, temeroso de que despues de su muerte, las *grandes barbas* que lo manejaban lo sacasen del claustro y lo sentaran en el trono, y una violenta reaccion echase por tierra la obra de tantos afanes.

Pedro tuvo que marchar á Alemania y fue á despedirse de su hijo, al que encontró en la cama pretestando enfermedad; renuevale sus escortaciones y se retira menos convencido que nunca. Apenas ha partido el Czar, Alexis recobra la salud; seis meses se habian pasado y Pedro en Dinamarca cada dia recibia peores noticias de su hijo: torna á escribirle que eligiese entre el convento y el trono, y que si queria sucederle, era preciso que viniera á encontrarlo en Copenhague: el Czarevitch, desobedeciendo al padre, tomó el camino opuesto, fue á Viena, despues al Fírol y de allí á Nápoles; Pedro temió escaparse su victima y pronto mandó á Rumianzof y Tolstoz que en breve lo condujeron á su presencia; en cuanto entró en Moscou se arrojó á los pies de su padre; al dia siguiente en que todos los reconciliados reunieron las tropas, los miembros del consejo y los padres de la Iglesia, hicieron comparecer al principe desarmado, el que entregó á su padre una confesion por escrito de sus yerros y declarandose indigno de sucederle, é implorando humildemente su perdon; Pedro le amonestó que declarase los complicés de la conspiracion que fraguaba, el principe se negó. En el acta de acusacion se le hacia cargo de los malos tratos á su muger, de sus inclinaciones, de sus relaciones con los descontentos, de su viaje á Viena y demas, y de una conspiracion. Pedro tomó la palabra y dijo: á pesar de los cargos que resultan contra mi hijo, yo lo perdono como padre; pero atendiendo á su imbecilidad, lo destituyo

del trono y le echo mi anatema paterno, si alguna vez lo pretende.

Por mas que le amenazaron para arrancarle confesiones, nada consiguieron, y solo encontraron entre sus papeles una carta de un residente del Emperador en Petersburgo, que hablaba de conspiracion y de desterrar á Catalina al monasterio donde estaba la Czarina repudiada y hacer sentar en el trono á Alexis: un testigo sostuvo que habia oido decir al Czarevitch, yo diré cierta cosa á los Obispos, que la contarán á los sacerdotes, y estos á los feligreses y me harán reynar á pesar mio. Cuando la inmoralidad baja del trono, no hay plaga mas contagiosa; hasta la misma querida de Alexis depuso contra el, y á medida que se instruia el proceso, la venganza del Czar se cebaba sobre una multitud de victimas: Alexis estuvo detenido durante las egecuciones de sus partidarios, y cuando hubo quedado solo, lo condujeron de las carceles de Moscou á las de Petersburgo. Luego que estuvo concluido el proceso, se reunieron los jueces y los Obispos: el tribunal eclesiastico declaró su incompetencia apelando á la omnipotencia del Emperador, diciendo, que si queria castigar al principe, imitaciones tenia en el antiguo testamento, y si queria usar de misericordia, tenia egemplos del mismo Jesucristo. 144 votos de la cámara pronunciaron unánimes la sentencia de muerte: luego que Pedro obtuvo esta decision, pareció afectado hasta verter lagrimas.

Al siguiente dia de la sentencia, el Czar acompañado de los grandes, fue á recibir los ultimos gemidos de su hijo y mezcló sus lagrimas con las suyas: corrió la voz, que escuchando Alexis la sentencia fatal, fue acometido de apoplegia y murió, Bruce dice en sus memorias que fue envenenado. Las lagrimas que derramó Pedro sobre las cenizas de su desgraciado hijo, fueron mas sinceras que las promesas que habia hecho antes y despues del proceso, pero su posicion

era diferente; la idea que despues de muerto el, seria destruida su obra, ahogó en el todo sentimiento de compasion; mas cuando se dió el último golpe á la barbarie, cuando un velo de luto hubo cubierto todas sus venganzas, pudo gemir como hombre y como padre.

El poder creciente de la Rusia principiaba á alarmar seriamente á la Europa; y la Alemania y Suecia ayudadas de la Inglaterra, rompieron sus hostilidades; Pedro debastó con sus esquadras las costas de Suecia, amenazando las cercanias de Estocolmo, no siendo menos dichoso en la Botnia occidental, y pronto el gabinete Sueco hizo propuestas de paz: aprovechandose el Czar de las ventajas, continuó las hostilidades y redujo pronto á Federico á firmar la paz de Neustadt año 1721. La Livonia, la Estonia, la Ingria, una parte de la Fislania y de la Carelia y algunas islas de importancia, fueron reunidas definitivamente al imperio: á consecuencia de un tratado tan ventajoso, fue Pedro promovido á almirante; el clero y el senado le saludaron con el nombre de **GRANDE Y PADRE DE LA PATRIA**. En esta época le confirmaron las otras potencias el titulo de Emperador, con que le habian saludado la Holanda y la Inglaterra, despues de la batalla de Pultava.

En los pocos años que siguieron de su reynado, su salud su iba insensiblemente debilitando y entonces pensó en la sucesion del trono; un año habia transcurrido desde que la Rusia, preparada por un manifiesto del Emperador, esperaba con ansia el nuevo heredero, cuando en 1724 á su vuelta de las aguas termales de Olonetz, coronó con todas las ceremonias debidas á su elase á su esposa Catalina; con esta recompensa solemnizó su reconocimieno hacia aquella compañera de sus afanes y á quien la Rusia debió mucho en la campaña de Turquía.

Al año siguiente quiso asistir á una ceremonia religiosa, y fuese que el cansancio

escédiese á sus fuerzas, ó que algun otro esceso hubiese provocado una crisis fatal, tuvo que guardar cama de la que no salió si no para el sepulcro. Murió el 28 de Enero de 1825, en las mas terribles convulsiones de agonía á la edad de 53 años, despues de haber reinado 43 y habiendo hecho cuanto un hombre de genio pudiera hacer en un pais como el suyo.

Le sucedió su esposa, aquella prisionera de Mariemburgo que reinó con el nombre de **CATALINA 1.ª ALEXEINA**.

P. M. y Romero.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

La casa de Moradores.

— ¿Quién ha dejado abierta esta puerta preguntó el Sr. Anselmo, viendo en el patio la de la habitacion que ocupa una casa de moradores de esta Capital.

— A V. que le interesa? le contesta el tio Pascual, que acertaba á pasar por aquel corredor.

— Es que cuando salí la dejé cerrada. El mejor dia me dejan en la calle: tanto descuido es insufrible.

— Pues mire V. lo que pesa se deja caer. — ¡Deslenguado!

— Poco á poco Sr. Anselmo; modérese V. si puede.

— Es V. un insolente.

— Y V. un tiburón; y no me guisque, porque..

— Y que!.. dijo el Sr. Anselmo acercandosele.

— So basquina!.. contesta el tio Pascual levantando un garrote que tenia en sus manos.

— Dé V. si es hombre!

— Ahí vá...

Y el tio Pascual le endereza al señor Anselmo dos caricias, que procuró evitar en lo posible: para corresponder á las tiernas demostraciones del tio Pascual, el Sr. Anselmo le enviste con un monda-dientes de tres cuartas; pero el tio Pascual no quie-

re bromas y echa á correr por los ande-
les de la casa de moradores, seguido del tío
Anselmo. La alarma cunde; el desorden se
introduce, y pronto los compadres de am-
bos contendientes prestan su respectiva pro-
teccion.

—Señor Agapito (decia uno de los concur-
rentes) el tío Pascual es muy provocativo.

—Tiene V. razon, añadia otro; pero entre
vecinos nunca se debe llegar á las manos.

—Es un mándria, decia el tío Pascual.

—Es un babiaca, contestaba su adversario.

Por fin la vecindad pudo contener aquel
principio de combustion doméstica y ambos
contrincantes se apaciguaron con la misma
prontitud que se habian encolerizado.

He ahí la casa de moradores, observada
desde un punto de vista.

Quince nenes, ramificacion de aquella
casa, jugaban á la trompa en el patio.

—No vale avisar, dijo un chiquitin.

—Bueno. ¿de cuantas cogidas? preguntó
un renacuajo.

—De tres, contestó un Zarramplin.

—Haz la salibita, añadió un Liliputense.

—¡uui que cerca! exclamó un gorgojillo,
luego que tiró la trompa hácia la saliba.

Cada cual fue tirando la que tenia en sus
manos y terminada esta introduccion para
ver á quien tocaba poner la trompa para
que los demas tirasen, resultó que le to-
caba á Pepito, uno de los mas crecidos.
Los demas comienzan á dar descompasados
gritos, mofandose del pobre Pepe porque
le tocaba poner la trompa; pero se desen-
tonaron tanto, y como el chico era algo
aficionado á la armonia, dió principio á
morigerar las voces, repartiendo aqui y
allá sendos cordelazos con la puntilla de su
trompa; las voces sin embargo no entra-
ban en caja, lo que causó tal ecsasperacion
en Pepito, que redoblando sus esfuerzos,
á el uno lastima en la mano á el otro le
enredaba la piola en un pie, tiraba y ve-
nia al sulo el muchacho; por ultimo se for-
malizó la cosa, pues le dió á un compañe-
ro tal cordelazo en un ojo, que el chico echó
á llorar, subiendose á dar cuenta á su ma-
dre con la mano en la vista.

—Mamá...pe...pe...pe...me ha pe gaga gado.

—Que te ha hecho?, le dijo su madre sa-
liendole al encuentro.

—Me ha hecho mal.

—Vamos, no llores, quitate las manos de
los ojos..... ¡ay! y ese cardenal! ¡como tie-
nes el ojo! ¿Quién te lo ha puesto así?

—Pe...pe...pe el de la tia Jertrudis.

—No tenga cuidado!!...

La señora Ramona, madre del chico
aporreado, baja al patio en dos brincos; Pepe
la ve, conoce su intento y echa á huir para
su habitacion. Por fin, la madre vengativa
le coge en la misma puerta, y le comunica
un par de pescos algo regulares; pescos, que
retumban en los oidos de la tia Jertrudis,
madre de Pepe, que salió inmediatamente.

—¡Que significa esto! exclamó: ¡pegarle á
mi hijo!

—Si señora: es un galopin.

—Y dígame V., no tengo yo muy buenas
manos para castigarle.

—Tampoco son malas las mias.

—Es que no me acomoda que se le pegue
á mi hijo.

—Es que él le ha pegado al mio.

—Le habra hecho algo antes.

—Si, mamá, dijo Pepito temblando: me ha
hecho burla.

—Lo ve V.? dijo su madre.

—Mire no sea que le haya quitado algun
pedazo.

—Sobre todo, á mi hijo no se le pega.

—Todo sea que me dé gana.

—Pues vamos, péguele V.

—Y le pegaré....

La señora Ramona va á secundar los
pescozones al chico, pero su madre se an-
tepone al muchacho y agarra del moño
á su contraria. No le quedó á la señora Ra-
mona otro arbitrio que afianzarse á las ore-
jas de aquella.

Ambas se decian: ¿Me dejas?

Pero nada, no soltaban;

Sin advertir se quedaban

Sin pelos y sin orejas.

Nueva alarma en la casa de moradores:
todos corren al sitio de la refriega, y con-
templán con asombro aquella pareja toman-
do diferentes actitudes académicas, interca-
ladas de imprecaciones.

Los vecinos pudieron poner orden; aun-
que no les fué tan facil como en la quimera
anterior.

Llega la noche: los del cuarto, número
7, que son un matrimonio reciente, dejan
aviso á los que habitan el piso inferior,

que van al teatro, que tengan la bondad de no echar la llave á la puerta hasta que vuelvan de la función,

—Bueno! dice la tia Irene.

—Con que hasta despues.

Los consortes apenas habrian llegado al coliseo, cuando la tia Irena decia á su marido.

—Qué te parece, Jacinto! ¿se habran figurado esos chiquilicuates que somos criados suyos?

—Nada, nada, muger, en dando las nueve cierra la puerta, y si quieren entrar, que abran con la cabeza.

Apenas las nueve hubieron dado, cuando la puerta de la casa de moradores giró sobre sus gonzes á impulso de Jacinto é Irene, y tantos elementos heterogeneos, tantas particulas de discordia como encerraba aquel edificio, se entregaron al descanso.

Eran las once: la pareja que habia ido al teatro volvia á casa muy satisfecha de la función.

—Que bien lo ha hecho el gracioso, decia la muger.

—Pues á mi, sobre todo, la bolera de la izquierda; que bien ha egecutado la jota.

—Ya, ya, no te figures que se me ha escapado: No vuelvo mas al teatro.

—Por qué, touta?

—Por la maldita bolera.

—Tienes celos?

—Tu te aficionas mucho á ella.

—No te la volveré á nombrar.

—Y me complaceras muchisimo; pero ya estamos en casa.

—Chica!; La puerta cerrada!

—Empuja, puede que esté encajada solamente.

—¡ Buen encage nos de Dios!

nunca me lo figuré.....

—No puedes? ... te ayudaré,

y empujaremos los dos

El matrimonio, nada pudo conseguir de la inflexible puerta. Despues comenzaron á golpes, con sus correspondientes exclamaciones de.

—¡ Jacinto!!

—¡ Irene!!

—¡ Irene!!

—¡ Jacinto!!

Pero Irene y Jacinto se estaban en cama muy serenos oyendo el clamoreo del matrimonio.

Las doce dieron y la puerta no se habria: la una, las dos, las tres, y nada, sin abrir.

—No hay remedio, nós va á amanecer en el portal.

—Asi lo creo, muger, y creas que deseo se haga de dia para buscar casa: no quiero mas casa de estas.

—Ni yo tampoco.

.

Al dia siguiente echan tres soldados alojados en la casa de que nos vamos ocupando, y era indispensable que los vecinos se los repartiesen. Los soldados eran tres, y tres debian ser los agraciados.

—¡ Malditos alojados! decian unos.

—¡ Que plaga! decian otros.

—Pues yo no recibo ninguno, añadia uno: tengo fuero militar y estoy esento de dar alojamiento á nadie.

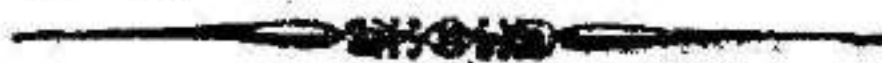
—Señores, dijo uno de los soldados, si VV. no nos proporcionan habitaciones, nosotros las buscaremos.

Los vecinos se coligan, se unen contra los soldados: estos enfurecidos comienzan á culatazos á la voz de «¡ habitaciones!! ¡ habitaciones!! » y los individuos de la casa de moradores, con paños y sables y las mugeres con escobas, daban un ataque simultaneo á la tropa, con la voz de guerra « ¡ á la calle! » ¡ No hay alojamiento! »

La victoria fue dudosa algun tiempo; por que los militares no conocian el terreno y á lo mejor se habria un surtidero y eran acometidos por retaguardia; pero el valor militar triunfó al fin, y eligieron á su gusto las habitaciones mas espaciosas y mejor ventiladas.

Quince minutos despues del combate domestico, circulaba por toda la casa la amnistia que los nuevos huespedes daban para que los habitantes de la casa de moradores, volviesen sin temor á sus hogares. Solo se esceptuaba á una vieja que hizo armas contra la tropa y que fue el alma de la sublevacion. Con efecto, en los momentos mas criticos, se la vió con una desoladora en sus manos!

Eleuterio Peñafiel.



A LOS OJOS

de la señorita A. O.

Son turbios los fulgores
Que el sol ostenta en sus destellos rojos,
Al ver los resplandores
Que da la lumbre de tus negros ojos.

Poco vale la aurora
Con ese lujo brillador que avanza;
Si tu mirada dora
La soberana luz de la esperanza.

Y si el amor protege
El fúlgido claror de sus destellos;
No hay luz que se asemeje,
A la radiante luz que brotan ellos.

Con tan vivos fulgores,
No te sabré decir lo que me inspiras;
Pero... crecen las flores,
Sultana del amor, si tu las miras.

Rasgados, cariñosos,
Ojos radiantes de esperanza llenos;
Ya que sois tan hermosos,
Y ya que así mirais, miradme al menos.

Que aunque mi pecho huya
El mágico placer de la ilusion,
Una mirada tuya
Necesita mi inquieto corazon.

Que al fin halla consuelo
Y mitigados siente sus enojos;
Por que es tu faz un cielo,
Con dos soles de amor que son tus ojos.

Ojos que valen tanto,
Y que tanta ilusion do quier derraman;
De otros ojos encanto
Que mas los quieren ver y mas se inflaman.

Rasgados, cariñosos,
Ojos brillantes de esperanza llenos;
Ya que sois tan hermosos,
Y ya que así mirais, miradme al menos.

J. Selgas.

TEATRO.

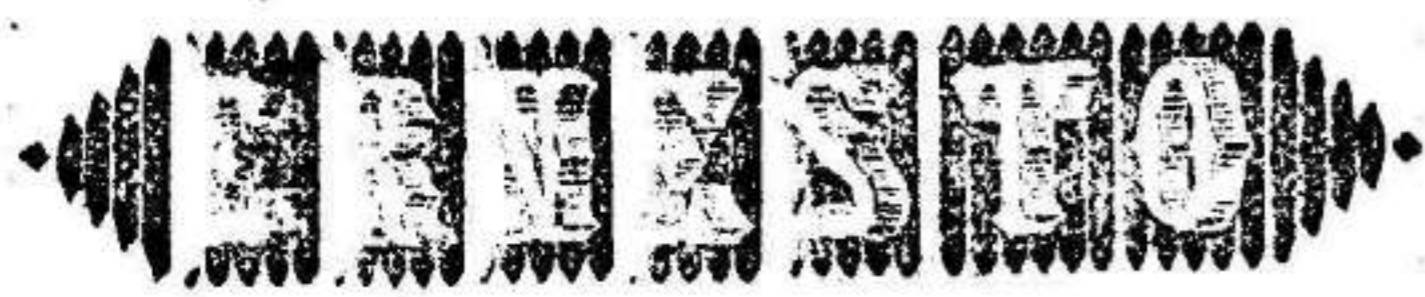
LA PATA DE CABRA.

Sabemos que mañana dan principio los ensayos de esta famosa composicion para ponerla en escena á ultimos de la semana, con toda la propiedad, esmero y brillantez que pueden descarse. La empresa que al concebir y realizar este pensamiento no ha perdonado medio ni omitido gasto, juzgamos fundadamente verá coronados sus esfuerzos y recompensados sus afanes. Sesenta dias de ocupacion continua en la construccion de decoraciones y demas útiles necesarios y el merito conocido del artista que ha tomado á su cargo la pintura de aquellas, garantizan el écsito, y nos deciden á asegurar que la representacion de la *Pata de Cabra* en toda su estension y en todos sus accidentes podrá ponerse al nivel de la que en otras ocasiones se ha hecho en los mejores teatros, tomando siempre en cuenta la reducida estension del escenario. Nosotros que mas de una vez hemos concurrido á los salones del estinguido convento de Santo Domingo, donde el acreditado pintor D. José Rodriguez trabaja sin descanso; nosotros que hemos visto sus pensamientos trasladados al lienzo con sublimidad y valentia; nosotros que hemos admirado la verdad y la esactitud en la egecucion y hemos hallado su pincel dirigido por las reglas del arte y los adelantos de la época, le presagiamos un triunfo que todos le concederán con gusto y sin violencia, como necesario tributo pagado á la justicia y á la escelencia de su ingenio: nosotros refeririamos circunstanciadamente y con la oportuna especificacion todo lo que se ha desarrollado á nuestros ojos, todo lo que se ha tenido la atencion de ofrecer á nuestro ecsamen; empero esto seria disminuir ó arrebatat al espectador en la noche de la representacion, la eficacia de las impresiones que debe recibir: nosotros desde ahora vaticinamos que saldrá complacido y satisfecho de haber visto la *Pata de Cabra*, y no un asqueroso y raquitico si-

mulacro, como otras veces. Esperamos que los actores por su parte y el director de la maquinaria y demas operarios, con la precision y velocidad de las transformaciones, no defraudaran nuestra esperanza:

Hoy se representa la conquista de Murcia, composicion de dos jovenes literatos que residen en esta Capital. Nada hemos visto de esta produccion; nos han dicho, si, que tiene una versificacion valiente y fluida, y algunas escenas de mucho interes y manejadas con acierto: suspendemos nuestro juicio; no nos gusta ser aventurados.

La Redaccion.



(CONTINUACION.)

—Luego te ama?

—Asi me lo ha dicho, asi lo creo por que necesito creerlo para ser menos despreciado.; pero su padre ha ofrecido su mano al hijo del Conde de G... por haber este ofrecido la mano de su hija a Fernando, hermano de Catalina.

—¿A Fernando?

—Si; de esta manera piensan unir para siempre dos familias a las que causas particulares habian enemistado y que reconoció el ultimo trastorno politico.

—¿Ah! si el Conde ó su hijo supieran nuestros amores, descargarían la ira de su orgullo contra ese angel de mi vida, contra esa azucena nacida entre yerbas ponzoñosas. El Conde altanero y dissipador, metido con su ignorancia en lo que él llama gran mundo, ha criado a su hijo en el estrépito de esa vida relajada y licenciosa, en esa vida de ambicion y miserable orgullo; y deslumbrados con lo que llaman gran tono; quieren arrastrar en pos de sus caprichos a una criatura, cuyo corazon sensible y alma poetica desprecia la pompa que albagando solamente los sentidos deja vacio el corazon.... Si han permanecido cuatro meses en estos sitios, es por que, sin comprenderlo su ignorancia, se

hallan fastidiados de cuanto les rodea; las fuentes de la sensibilidad son en ellos un terreno seco y abrasado por la disipacion... todo les cansa. Si nos reciben en su casa, es por que necesitan quien los divierta.— ¡Ah! tal vez juzgas a Fernando con demasiada severidad! contestó Sofia, enjugándose algunas lágrimas que surcaban sus mejillas.

(Se continuará.)

SOCIEDAD LITERARIA.

EL DOMINE LUCAS.

Se ha publicado el núm. 15 que corresponde a el año segundo, con las mejoras que se ofrecieron.

Sigue abierta la suscripcion a 20 rs. al año, en correos y principales librerias.

Leemos en los periódicos de Madrid las siguientes lineas.

El celebre Eugenio Sué ha dirigido una carta autógrafa a don Wenceslao Ayguals de Izco en la que despues de manifestarle su gratitud en terminos altamente lisonjeros por la traduccion del *Judío Errante*, admite la dedicatoria de *Maria la hija de un jornalero*, espresándose del modo siguiente: «Recibiré con tanto placer como reconocimiento la dedicatoria que me proponéis de vuestra novela. Me considero igualmente dichoso al ver que las clases menesterosas del pueblo español tengan tan buenos padrinos como vos. Servimos a la causa de la humanidad entera; vuestro libro tendrá un éxito brillante, y es ciertamente muy dulce y bello el pensar que los desgraciados de las clases populares de Espana tengan en vos tan generoso y entendido abogado.»

«Esta novela que publicará en breve la acreditada *Sociedad literaria* con extraordinario lujo, intercalando el texto de preciosos grabados, ejecutados por los mejores artistas, será la obra maestra del Sr. Ayguals de Izco, segun los grandes elogios que hacen de ella cuantos literatos oyeron la lectura del primer tomo en una reunion de las personas mas notable de la Corte: *Maria la hija de un jornalero*, será la historia contemporanea de Madrid, en la que se abagará por el pueblo y se harán revelaciones de una importancia inmensa.»

MURCIA: *Imprenta de Pedro Soler y Rovi,*

Calle de Sta. Isabel Núm. 6.—Año de 1845.